

una alcoba de *cocotte* elegante—lo llenaba todo. Había colgadas en el perchero, ropas de seda que al sonar despertaban la lascivia.

El se dejó caer, sin fuerza, rendido, en una butaca junto á la cama.

Ella, en sus más lindos mohines de coqueta le incitaba.

—¿Qué haces hombre? ¡Aprisa!

Y entre tanto iba quedando libre de peso, su figura fuerte y gallarda de Diosa vencedora. Las faldas, las enaguas, la blusa, el corsé, todo junto, hacinado quedó sobre la butaca. Y se fué á sentar en las rodillas de Gaspar.

—¿Te ayudo?

Y sin esperar la respuesta, le fué desnudando, pasándole sus deditos finos y rosados por la cara, en un mimo.

El se dejaba hacer sin voluntad propia, afirmando con movimientos de cabeza. Y on voz baja: «Como quieras.» «Bueno.»

Y ya desnudo le tuvo que ayudar ella á subir á la cama.

Gaspar lo había pensado. ¿Para que aquella vida sin vida, aquel eterno sufrir? El conocía su enfermedad, y el remedio más activo: un tiro, un veneno; cualquier cosa que le produjese una muerte instantánea; el suicidio en una palabra.

Aquella vida suya no era vida; llena de prohibiciones y esclavo de un plan curativo, doloroso y desesperante. Las bebidas alcohólicas absolutamente prohibidas. ¡El frío! su enemigo mortal; preservarse de él y no salir, la menor imprudencia sería fatal. Vivir con un criado, lejos las faltas, el menor exceso era su muerte infalible. Vivía solo. No tenía padres, ni hermanos, ni próximos parientes, ni siquiera un amigo íntimo, vivía sin afectos que le sujetasen á la vida y por esto Gaspar, eligió aquella noche, helada y cruel, para entregarse á los excesos del alcohol y del amor.

A las tres de la madrugada despertó, el rostro amoratado y miró á su compañera que dormía, sintió un cosquilleo en la garganta y tosió; pasó un momento y volvió á toser con más fuerza; llevóse las manos al pecho dolorido. Bajó de la cama y salió á la calle, tambaleándose, asíéndose á las paredes para no caer.

Seguía nevando.

El gabán y el paraguas, los había dejado dentro, olvidados.

Al llegar al Pilar, el acceso de tos se repitió más fuerte. Sus labios secos por la fiebre y amarillos se tintaron de rojo al expulsar unas bocanadas de sangre, coagulada á medias; crispáronse sus manos en una suprema contracción; abrió los ojos mucho, mucho; dió un grito inarticulado—último lamento, interjección acaso, tal vez maldición—y cayó al suelo, perdido el conocimiento.

.....

.....

Sobre la albura, impoluta de la nieve, una mancha semi-roja, semi-negra, y un cadáver.

Ciudad Real, 1903.



Julián MORALES RUÍZ